

OCTUBRE DE 1962: LA MAYOR CRISIS DE LA ERA NUCLEAR (III)

Algunos errores de apreciación

RUBÉN G. JIMÉNEZ GÓMEZ (*)

EL LEGENDARIO MARISCAL Gueorgui Zhukov, basándose en su amplia experiencia como el jefe militar soviético más destacado durante la Segunda Guerra Mundial, caracterizó así algunas de las particularidades del arte militar que son necesarias para alcanzar la victoria:

Primero –Tener un conocimiento excelente del enemigo, evaluar correctamente sus ideas, fuerzas y medios, tener en cuenta de qué es capaz, de qué no es capaz y en qué se le puede atrapar. Todo esto se alcanza mediante la exploración ininterrumpida y profunda.

Segundo –Conocer al detalle las fuerzas propias, su preparación cuidadosa para el combate; lograr la preparación multilateral de la jefatura y los estados mayores, así como la elaboración oportuna de todas las variantes de las acciones futuras.

Tercero –Lograr la sorpresa operativa y táctica, induciendo a error al enemigo con respecto a nuestras intenciones verdaderas; actuar con tanta rapidez que el enemigo se retrase en todas partes y caiga con esto en una situación difícil.

Cuarto –El cálculo exacto de las fuerzas y medios en dependencia de la misión planteada. A las tropas no se les pueden plantear misiones superiores a sus fuerzas. Esto no da nada, con la excepción de pérdidas injustificadas y la disminución del espíritu combativo.

Quinto – Lograr el aseguramiento adecuado. No se debe realizar una operación que no se encuentre bien preparada en el aspecto material.

Durante la planificación y realización de la Operación “Anadir” se cometieron diversos errores, la mayoría de los cuales se produjo en el EMG, en los Estados Mayores Principales de los Tipos de Fuerzas Armadas y en el Estado Mayor de la Agrupación de Tropas Soviéticas en Cuba. He aquí algunos de esos errores.

En violación del primer principio enunciado por el mariscal Zhukov, hay que reconocer que la jefatura soviética poseía una noción insuficientemente profunda y detallada sobre la idea estratégica del enemigo, tanto antes como después de la llegada de las tropas a Cuba. Se tenía la opinión bien fundamentada de que se preparaba una agresión en gran escala contra Cuba, pero se desconocía con qué medios se efectuaría la misma, especialmente no se tenía un juicio acertado de la cantidad de medios aéreos y navales que la apoyarían. La composición numérica y el armamento del presumible “ejército de invasión” norteamericano solo fueron conocidos por la dirección militar soviética varios años después de la Crisis. Este desconocimiento provocó el incumplimiento del cuarto principio, por lo que eran claramente insuficientes los medios de defensa antiaérea y navales con que fue dotada la Agrupación.

Además, es necesario señalar que la situación de las tropas en la Isla era muy vulnerable en el plano militar, debido a la gran distancia, a la falta de espacio estratégico para la maniobra y la retirada, y a la imposibilidad de recibir refuerzos y suministros después que se iniciaran las acciones combativas, ya que la Marina de Guerra soviética era inferior a la estadounidense. Incluso el acceso de los submarinos resultaba muy difícil, pues había muchos cayos, bajíos y arrecifes por donde los submarinos no podrían pasar, ni navegando sumergidos, si los estrechos pasos eran controlados por el enemigo, que poseía una enorme superioridad de medios antisubmarinos en la región. Claro que el mando soviético no se había propuesto el objetivo de desarrollar una batalla



El presidente Kennedy (a la izquierda) y Robert McNamara, jefe del Pentágono.

contra Estados Unidos en las costas de Cuba, sino el de protegerla, disuadiendo el ataque en ciernes, pero cualquier cosa podía suceder, y si, contra todos los pronósticos, se producía el ataque, las tropas soviéticas estarían en clara desventaja si no se utilizaban las armas nucleares, lo que era inaceptable a todas luces.

Además, se hizo la apreciación de que cuando los norteamericanos descubrieran el hecho consumado de que los cohetes estaban en disposición combativa en Cuba, lo aceptarían porque eran una gente práctica. Apreciación que no tuvo en cuenta el aspecto psicológico de la cuestión para los estadounidenses, que lo consideraron como si alguien estuviera apuntándoles a la cabeza con una escopeta cargada desde el cuarto de desahogo de su propia casa. La vida demostró que este fue un grave error, que también se daba de narices con el primer principio enunciado por el glorioso mariscal.

En violación del segundo principio, de una forma inexplicable no se previeron planes de contingencia para el caso en que los norteamericanos detectaran los cohetes antes de que se encontraran en disposición combativa. Al parecer, se confió injustificadamente en la seguridad que Jruschov tenía de que esto no sucedería. Sin embargo, esta fue una deficiencia muy importante que pudo costar muy caro, pues se dejaba la iniciativa en manos de los norteamericanos si los lograban descubrir antes de tiempo, lo que en definitiva sucedió.

ALGUNAS ESPECULACIONES DEL AUTOR

La definición clásica de Clausewitz plantea que la guerra es la continuación de la política estatal por “otros medios”. Ahora bien, qué se encierra en esos “otros medios”. Evidentemente, estos son los armamentos que se utilizan durante las guerras y las personas que los manipulan. Durante muchos años, los especialistas consideraron esta definición como una verdad innegable, pero ella empezó a resquebrajarse con el surgimiento y ulterior desarrollo del arma nuclear, la que comenzó a ser acumulada en grandes cantidades por las potencias que la poseían, principalmente por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ya a inicios de los años sesenta se había acumulado tal cantidad de armas nucleares que la definición de Clausewitz comenzaba a fallar, pues si se desencadenaba una guerra mundial en las nuevas condiciones, existía el peligro real de que esta no fuera la continuación de la política por otros medios, sino que significaría el final de cualquier política y la exterminación mutua total de las partes beligerantes e incluso de la civilización en su conjunto, según planteaban algunos especialistas.

Por aquella época el mundo se encontraba inmerso en lo más profundo de la “Guerra Fría”, la que consistía en tratar de alterar la correlación de fuerzas derrocando el poder del adversario mediante la actividad subversiva y la penetración económica, ideológica y técnica, es decir, era una guerra solapada que se desarrollaba empleando todos los medios disponibles... con la excepción de las armas. Pero entonces, ¿cuál era el rol de las armas nucleares en la “Guerra Fría”? En las nuevas condiciones estas se convirtieron en un medio de chantaje, de presión y de amenazas, tanto contra estados aislados, como contra el mundo en su conjunto. Así sucedió desde los albores de la era nuclear, cuando el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki fue ejecutado con la intención evidente de intimidar a la Unión Soviética y mostrar a otros estados la potencia inigualable de la nueva arma de los norteamericanos. Este rol de medio de chantaje se mantuvo hasta finales de 1962, cuando los propios creadores de la terrible arma experimentaron la perspectiva segura

de que podía destruirlos a ellos también y a la política que habían engendrado.

Los Estados Unidos no solo poseyeron el monopolio de las armas nucleares durante cuatro años y fueron los primeros y los únicos en experimentar en combate las cualidades destructoras de las mismas, sino que también fueron los primeros en elaborar la doctrina militar con el empleo del arma nuclear en la guerra, cuando la teoría del primer golpe se convirtió en la base de su estrategia. Incluso en los años setenta y ochenta del siglo pasado, la URSS planteó de forma unilateral y pública su compromiso de no ser los primeros en emplear el arma nuclear y propusieron insistentemente la concertación de un tratado al respecto, pero los norteamericanos siempre se negaron a ello.

En julio de 1949 la Unión Soviética detonó su primer artefacto nuclear; a partir de entonces se desató la mayor carrera armamentista de la historia, en la que, como es lógico, los estadounidenses partían con cuatro años de ventaja y con una industria intacta, sobre la que no había caído ni una sola bomba durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que la de la URSS había sido parcialmente devastada. De modo que a mediados de los años cincuenta, los Estados Unidos tenían una amplia ventaja en armas nucleares y una poderosa flota de bombarderos pesados y medianos estacionados en distintas partes del mundo, en la cercanía del territorio soviético.

Por entonces, la estrategia militar norteamericana era la de la Represalia Masiva, la que reflejaba las características de la correlación de fuerzas existente. Esa estrategia sufrió un duro golpe en 1957, cuando los soviéticos fueron los primeros en realizar exitosamente el lanzamiento de un cohete intercontinental, mientras que los Estados Unidos enlazaban un fracaso con otro, fallando en cinco ocasiones durante ese año. Adicionalmente, en octubre del propio año 57, la Unión Soviética puso en órbita el primer satélite del mundo y poco después lanzó al espacio a la perra Laika, al tiempo que millones de televidentes vieron alarmados cómo se frustraba otro intento norteamericano por lanzar su primer satélite, el cual explotaba después de un corto ascenso. Cundió el pánico, tanto en los medios oficiales como en la opinión pública, pregñándose que los estadounidenses estaban a la zaga de su principal enemigo. Comenzó a hablarse de la llamada “brecha de los cohetes”, supuestamente existente entre los dos países a favor de la Unión Soviética. Ese estado de ánimo, reforzado por los frecuentes alardes propagandísticos de los soviéticos, y especialmente de Jruschov,